

Memorias de un duende navideño

-Mis aventuras con Santa Claus-

Eloy Barba



safe creative



1 911122 460872

INFO ABOUT RIGHTS

Índice

La llegada

El trineo

El saco

La competición

Esto solo es el comienzo

La llegada

Cuando yo conocí a Santa Claus nadie le llamaba así. Tampoco era conocido —como lo es ahora en todo el mundo— por nombres tan famosos como Papá Noel, Viejito Pascuero, Father Christmas y muchos otros más. En aquellos tiempos que ahora me parecen tan lejanos era simplemente Nicolás, un hombre que tiritaba de frío cuando llegó, en mitad de una tormenta de nieve y montado sobre un caballo blanco, al bosque de abetos donde se hallaba la aldea de duendes en la que yo vivía.

¿Que quién soy yo? ¡Qué despistado y maleducado soy! Permittedme que enmiende mi falta presentándome adecuadamente. Mi nombre élfico es Fingolfín Ramaverde, aunque todos en la aldea me llamaban siempre Saltarín, porque acostumbraba a ir saltando de un lugar a otro y no me quedaba en el mismo sitio más de un minuto. Por aquel entonces era el duende más joven de la aldea; solo tenía... a ver, dejadme que haga las cuentas... unos dos mil años. Sí, ya sé lo que vais a decir, que eso no es ser joven ni por asomo; pero debéis tener en cuenta que nadie en la aldea tenía menos de cuatro mil años. Mis padres, mis parientes próximos y todos mis vecinos eran hijos directos de la Estrella Polar. Yo, en cambio, era el único duende nacido en la aldea, razón por la cual los más viejos del lugar me consideraban impaciente, inexperto tallando la madera y demasiado curioso. Cuando se cansaban de tenerme a su alrededor haciendo pregunta tras pregunta e interrumpiendo sus trabajos de artesanos, me mandaban a buscar leña al bosque. Fue en una de esas ocasiones cuando oí por primera vez el relincho de un caballo.

Como os acabo de decir, yo era muy curioso, así que no pude evitar acudir en busca del origen de aquel extraño sonido. A pesar de que había vivido ya muchos años, nunca antes había visto un caballo, pues tan al norte solo se ven renos, zorros, lobos y algunos osos, y yo no había salido nunca más allá de los límites

de nuestra comarca. Cuando al fin di con el animal y descubrí que era un hombre quien lo montaba, me oculté tras los abetos y lo seguí, saltando de rama en rama para ver qué tramaba y hacia dónde se dirigía. Hacía tanto tiempo que no veía a un hombre en carne y hueso, que casi se me había olvidado cómo eran; nosotros los duendes nos manteníamos alejados de ellos porque, según la opinión general establecida por duendes mucho más sabios y respetados que yo, los hombres son malvados con quienes son diferentes a ellos; además, suele afirmarse que son criaturas de natural egoístas, mentirosas y agresivas.

Lo cierto es que aquel jinete a mí no me pareció peligroso a primera vista. Al contrario, tuve la impresión de que se trataba de alguien desvalido, asustado y completamente perdido en un lugar desconocido para él. Encaramado a la rama de un árbol, pude observar bien sus facciones. Era enorme para la estatura de un duende, aunque no tan grande como los gigantes de las montañas; delgado, aunque no tan delgado como el Hada de las Hojas, y con aspecto de no haber comido bien en varios días; tenía el pelo negro muy rizado y lucía una barba de igual color muy descuidada. O sea, horriblemente feo para el gusto de un duende. Y, para colmo, sus orejas no eran puntiagudas como las nuestras, sino redondeadas y demasiado pequeñas. Llevaba una ropa ridícula y poco apropiada para soportar el frío extremo de nuestras latitudes. Sin embargo, sus ojos me agradaron desde el primer momento. En ellos vi una pureza, una bondad y una sinceridad que me desconcertaron. ¿Cómo encajaba eso con la imagen tan negativa que me habían inculcado sobre los hombres?

Después de espíarlo el tiempo suficiente, tuve claro que aquel hombre se había perdido, pues guiaba a su caballo formando círculos alrededor del abeto centenario donde vive el viejo búho. ¿Pero cuál era la causa que le había llevado a perderse en nuestro bosque? ¿Había entrado en él con la intención de cortar leña? ¿Tenía en mente cazar, quizás? Esa idea me atemorizó, pero enseguida me di cuenta que no llevaba en sus alforjas nada parecido a una ballesta, un arco o una honda. ¿Entonces, qué podía ser?

De repente, el intruso se detuvo y bajó de su montura. Me acerqué más para ver qué hacía a continuación y pude apreciar mejor su rostro cansado y desorientado. Oculto tras las ramas de un abeto vi que tomaba las riendas de su caballo y le hablaba con dulzura, aunque hondamente preocupado:

—Lamento haberte arrastrado a esta aventura tan ingrata, querido Amérigo. Si el cielo no lo remedia, moriremos congelados antes de dar con la aldea de esos duendes polares. Ya me advirtieron que solo se dejan ver si ellos quieren, y parece que eso no va a suceder.

—¿Y para qué quieres ver a los duendes, si puede saberse? —le pregunté entonces, sin atreverme aún a salir de mi escondite. Sobresaltado, el hombre desvió su mirada una y otra vez en todas direcciones buscando el origen de mi voz. Pero yo sé esconderme muy bien, así que no pudo descubrirme por más que lo intentó. Finalmente, optó por responderme aunque no viese a quién le estaba hablando.

—He venido a proponerles un trabajo. Me llamo Nicolás y procedo de tierras lejanas, muy al sur de aquí. Por favor, ¿podrías darte ver? Se me hace muy extraño hablar con los árboles.

Venciendo la natural desconfianza de los duendes, salí al claro nevado y salté a la grupa del caballo con mi habitual desparpajo. Desde allí, mirando directamente a los ojos del viajero, traté de persuadirle de su propósito, pues eso era lo que se suponía que debíamos hacer los duendes cuando alguien trataba de encontrar nuestra aldea.

—¿Un trabajo? —le dije—. Los duendes, no necesitamos más trabajo. Ya tenemos más que suficiente tallando figuras de madera, bordando nuestras ropas y horneando pan de jengibre. A propósito, yo me llamo Fingolfín, y sí, soy uno de esos duendes que andas buscando. Aunque puedes llamarme Saltarín. Todos lo hacen y la verdad es que es un nombre que me hace justicia.

Nicolás iba a responderme algo, pero en lugar de eso estornudó. La nieve arreciaba y el caballo relinchó impaciente. Se estaba quedando helado allí parado. Entonces comprendí que no podía soportarlo más; sería muy cruel por mi parte no dejar al menos que ambos entrasen en la aldea a calentarse.

Compadecido, le ofrecí cobijo al hombre, a sabiendas de que eso me acarrearía seguramente una severa reprimenda por parte de mis mayores.

—¿Quieres dormir hoy en mi cabaña? Allí estarías bien calentito y podrías comer pastel de calabaza, pan de jengibre y beber todo el chocolate caliente que quisieras. Pondrías tus ropas a secar junto al fuego de la chimenea; y no tendrías que preocuparte por tu caballo porque él puede dormir en el establo, junto a mi reno. Aunque ahora que lo pienso, tu caballo es tan grande que no podrá levantar mucho la cabeza si no quiere golpearse contra el techo. En realidad, tú también eres demasiado alto para la cabaña; tendrías que caminar encorvado todo el tiempo.

—Siempre será mejor que estar aquí a la intemperie. Acepto encantado tu generosa invitación, Fingolfín el Saltarín. Te doy las gracias de todo corazón, en mi nombre y en el de mi caballo Amérigo.

—De nada —respondí complacido. Aquel hombre también era amable y educado. ¿Cómo podría haberlo dejado abandonado a su suerte en aquellas circunstancias tan adversas?

De modo que me acomodé en la silla de montar y Nicolás se montó detrás de mí, tomando las riendas del caballo y guiándolo a través del bosque por donde yo le iba indicando. A medida que nos acercábamos a la aldea, el temor a ser reprendido por mis mayores seguía vivo aún en mis pensamientos. Poco antes de llegar al muro invisible le ordené a Nicolás que se detuviera; me bajé del caballo y avancé unos pasos. Debo aclarar que, en realidad, no se trata de ningún muro real; llamamos así a los abetos mágicos que ocultan nuestra aldea de la mirada de cualquier visita indeseada. Los abetos protectores no dejan pasar a nadie, a no ser que uno de los duendes pronuncie las palabras mágicas que solo los aldeanos conocemos.

—Bien. Ya hemos llegado —anuncié a Nicolás—. Pero antes de entrar en la aldea quiero prevenirte de algo. No esperes un buen recibimiento, así que déjame hablar a mí primero. ¿Entiendes?

—Eso lo comprendo, pero no entiendo por qué dices que hemos llegado. No veo ninguna aldea ni nada que se le parezca delante de nosotros. Solo veo árboles muy juntos cerrándonos el camino.

Sonriendo pícaramente, me acerqué a uno de los abetos y susurré pegado a su tronco las palabras adecuadas, palabras que no escribiré en estas páginas porque entonces caería sobre mí una maldición eterna que me convertiría en un duende de piedra al instante. Lo único que debéis saber es que, después de escuchar las palabras que pronuncié en susurros, el abeto extendió una de sus ramas y tocó con ellas al abeto que tenía a su derecha; a continuación, este repitió exactamente el mismo gesto con el árbol que tenía a su derecha, como si estuviese propagando un mensaje secreto. Cuando el último de los abetos que protegía a la aldea se dio por enterado, el muro de invisibilidad que rodeaba mi hogar se derrumbó mágicamente y Nicolás vio por primera vez en su vida cómo era una verdadera aldea de duendes.

—¡Vamos! ¡No te quedes ahí parado o te congelarás! —tuve que decirle para que cerrara su boca abierta por el asombro y avanzase entre las ramas de los abetos.

Por aquel entonces las cabañas no estaban decoradas con adornos navideños, así como tampoco había muñecos de nieve frente a las puertas. Los duendes no sabíamos lo que era la Navidad. No nos dábamos cuenta, pero éramos menos alegres, felices y divertidos de lo que somos ahora. Eso lo advirtió enseguida Nicolás al verse rodeado por un montón de caritas serias y poco amistosas. Algunas ventanas se cerraron de golpe a nuestro paso; los cuchicheos se propagaron por la aldea y supe que recibiría pronto una visita del consejo de ancianos.

Mi cabaña era la más pequeña de la aldea. Contaba únicamente con una ventana, tenía tejas de cortezas de abetos y un jardincillo donde crecían flores en el solsticio de verano. Las paredes de madera estaban cubiertas de musgo y la nieve se amontonaba en la parte de atrás intencionadamente, porque me gustaba tirarme en trineo desde lo alto dos o tres veces al día. A un lado de la cabaña se hallaba mi establo, igualmente modesto,

donde vivía Rodolfo. Los duendes ricos llegan a tener hasta ocho renos en sus establos, pero la verdad es que nunca he sentido envidia de ellos. Rodolfo vale por cien renos.

Al abrir la puerta del establo para que Nicolás pudiese meter a su caballo, el interior se iluminó con un suave resplandor rojizo.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigado mi invitado— ¿De dónde procede esa luz?

El caballo incluso dio un paso hacia atrás con desconfianza.

—No hay de qué asustarse —expliqué—. Es solo la nariz de Rodolfo. Ha sentido vuestra presencia, y es tan tímido que la nariz se le enrojece hasta el punto de iluminarse como si fuera un farolillo.

—¡Pobrecillo! —exclamó Nicolás acercándose al reno, el cual intentaba pasar desapercibido oculto bajo un montón de paja. Pero el brillo de su nariz lo delataba. Nicolás apartó la paja con sus manos y comenzó a acariciar la cabeza de Rodolfo con gran delicadeza, dedicándole palabras dulces y halagadoras. Poco a poco, el reno fue cogiendo confianza y se acostumbró a la presencia de los extraños; el brillo rojizo de su nariz se fue apagando y tuve que encender el farol del establo para poder ver bien. Un par de minutos después, reno y caballo eran los mejores amigos y se habían echado juntos sobre un colchón de paja para darse calor mutuamente. Nunca antes había visto a Rodolfo tan contento, lo cual terminó por convencerme de que había obrado correctamente acogiendo en mi casa a Nicolás.

Después de dejar a los animales cómodamente instalados, hice pasar al hombre al interior de mi cabaña. Todo allí era demasiado pequeño para él, pero de su boca no salió la más mínima queja. Puse a hervir agua en la tetera mientras le mostraba el diminuto catre donde tendría que arreglárselas para dormir aquella noche, y tampoco entonces se quejó por las incomodidades que tendría que soportar. Cuando la tetera comenzó a silbar, la aparté del fuego y serví dos tazas con dos cucharadas de té de frambuesas y cuatro terrones de azúcar en cada una de ellas. Nicolás tuvo que sentarse en el suelo sobre unos cojines, pues no cabía en ninguna de mis sillas. Puse la

tetera sobre la mesa, pues sabía que tendría que servirle varias veces en su diminuta taza hasta que quedase satisfecho.

—¡Este té me sabe a gloria! No tomo nada caliente desde que llegué a estas latitudes.

Eso me recordó que no le había ofrecido comida alguna, pero lo remedí enseguida trayendo de la despensa un trozo de pavo confitado y un tarro de mermelada de grosellas, además del prometido pastel de calabaza, tres tabletas de chocolate y una bandeja con pan de jengibre. Ni que decir tiene que Nicolás lo encontró todo muy sabroso.

Mientras observaba cómo aplacaba su apetito, advertí varias sombras que se deslizaban por delante de la ventana. Eran mis vecinos, fisgoneando a través de los visillos. Me quedaba poco tiempo antes de que los duendes ancianos se hicieran cargo de la situación, así que aproveché para formularle a Nicolás una pregunta antes de que viniesen y lo atosigasen con las suyas.

—¿Qué trabajo es ese que quieres proponernos?

Nicolás dejó de comer por un momento y al instante se le iluminó el rostro. Era evidente que aquel asunto era de la máxima importancia para él.

—Quiero que fabriquéis juguetes. Muchos juguetes.

—¿Juguetes? ¿Para qué?

En ese instante sentí que crecía el murmullo en el exterior de la cabaña. Fui a asomarme por la ventana y vi a un montón de duendes concentrados ante mi puerta, conversando vehementemente entre ellos acerca del inesperado suceso que les había llevado hasta mi cabaña. De repente, abrieron un hueco para permitir el paso a los tres duendes que dirigían los designios de nuestra comunidad. El más viejo y sabio de ellos, Golotín Barbagruesa, aporreó mi puerta con un bastón de abedul. Me apresuré a abrirle y le invité a entrar haciéndole la reverencia debida. Tras él, apoyados en sus respectivos bastones de mando, entraron Volantín Ramafuerte y Zambullín Coladezorro. Los tres llevaban sus chaquetas verdes a medio abrochar y las botas sin lustrar, señales por las cuales deduje que habían salido a toda prisa de sus cabañas al anunciárseles la presencia de un extraño en la comunidad. Nicolás trató de levantarse en señal de respeto

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

